

## MI AMIGO ANDRES

POR

FERNANDO SANTOS-RIVERO

*A María Paz*

Nos conocimos en el Instituto de Santander. Coincidíamos en muchas cosas. Nos hicimos amigos. Luego, la marea de la vida nos empujó por distintos caminos. Durante años enteros no supe nada de él.

Una tarde blanda, contagiosa, le reconocí en el barrio de Argüelles. Iba acompañado de una chica agradable. Tenían prisa. El calor apretaba. Faltaban escasos minutos para salir un ómnibus de cercanías. Se sonrieron. Un abrazo apreturado, fuerte, de esos que se palpa el corazón en las manos, acortó el vacío de aquellos años. Y unas palabras en alta voz, tan rápidas, que apenas entendí el nombre de la calle donde vivía. Eso fue todo.

A los pocos días nos vimos con más calma. Me contó su vida, sin escondites, con la franqueza que llevaba a flor de piel. Una vida gris, dura, como la mía o la de tantos otros. Trabajaba en las oficinas de una empresa de construcción. Hacía horas extraordinarias. Necesitaba ahorrar. Tenía novia. Estaba enamorado. Deseaba casarse cuanto antes.

Un día recibí su invitación de boda. Se casaron en el mes de octubre; por la mañana. La iglesia, recogida, pulcra, no cobijaba santos populares. La ceremonia fue sencilla. No había fotógrafos. Ni coches lujosos, alquilados. Ni alfombras en el suelo. En el altar, unas flores amarillas, con los pétalos caídos, tenían sed. Al finalizar, los rodeamos un grupo de amigos. Ella, tímida, feliz, apretaba con fuerza el brazo de Andrés. Subieron a un taxi negro, reluciente. Desde la ventanilla nos dijeron adiós, emocionados.

Cuando fui a verles ya habían pasado las Navidades. Vivían en una casa modesta, con derecho a cocina. El alquiler era superior a sus fuerzas. No podían disimular que estaban incómodos. Ella, con los ojos encendidos, confiaba en que Andrés solucionaría pronto aquel problema de la casa. Tenía fe en su capacidad y en su trabajo. Andrés, sin hablar, la miraba ilusionado.

Llegó el primer hijo. Y seguían viviendo en la misma casa. Ella ya no confiaba tanto en que Andrés pudiera solucionar el problema

del piso. Andrés, extasiado, miraba aquel cuerpecito nuevo, palpitante, que se afanaba por chupar ansioso un trozo de goma pulida.

Nuestros encuentros disminuyeron. El trabajo intenso nos distanciaba. Por eso no me enteré, hasta pasado algún tiempo, que había tenido dos gemelos.

Cuando los visité, habían cambiado de casa, pero no de circunstancias. Ella apenas mostró interés por solucionar lo del piso. Sus ojos brillaban menos. Su pelo estaba lacio y recogido sin arte en el cogote. Andrés estaba más delgado. Sus dientes me parecieron más oscuros. Habló pausado. Hacía dos meses que en su oficina habían suprimido, de repente, sin explicaciones, las horas extraordinarias. Me pidió un cigarrillo. Salió de la habitación y regresó con él encendido. Uno de los gemelos comenzó a llorar. El otro hizo lo mismo. Ella preguntó la hora con desgana. Se miraron en silencio. Se comprendieron. Y yo me apresuré a despedirme. Andrés me acompañó hasta la entrada del Metro. Aquello de las horas extraordinarias había desequilibrado su débil economía. No se quejó de ello. Parecía insensible, anulado. Me sorprendió su resignación, casi enferma. Hubo un silencio irritante. Nos despedimos. Me disolví en un hervidero humano electrizado por la prisa. En el vagón, prensado, seguía martilleando mi cerebro los golpes secos, rápidos, de las máquinas automáticas de las taquillas, mezclados con el soniquete: «Uno, tres, dos, uno...»

El aire hinchado, caliente, de agosto, aplastaba el espíritu y el cuerpo. Madrid era un horno encendido. No disfruté las vacaciones. Necesitaba cambiar mi trabajo por esos papeles cifrados. Mi patrona, por las buenas, elevó la pensión mensual en treinta duros. «La vida está imposible», fue su explicación. Para mí también estaba imposible. Al salir de la oficina, el sol, implacable, se resistía a desaparecer. Los edificios achicharrados frenaban su ímpetu. Antes de cruzar la calle me llamaron. Era Andrés. Se acercó aprisa. Tomó aliento. Estaba demacrado. Su frente, sudorosa, más arrugada. Traía una noticia para mí. Penetramos en un bar cercano. Un grupo de jóvenes discutía acaloradamente. No estaban de acuerdo con los millones que había costado, a un equipo de fútbol madrileño, el fichaje de un jugador. Sus voces nos aturdían. Nos distanciamos del grupo. Pedimos unos vasos de vino. Andrés se animó. En su oficina había dos bandos: «los del Atlético y los del Madrid». Igual que en la mía. Igual que en todas. Fútbol, fútbol y fútbol. Andrés reaccionó. Se acordó de la noticia. «Ya verás la sorpresa que te vas a llevar», me dijo. Lo primero que se me ocurrió fue: «¡No será que habéis tenido otros dos gemelos!» Una sonrisa amplia llegó hasta sus ojos. No, no era aquéllo. Era otra cosa.

El Metro nos dejó en Ventas. Seguimos la carretera de Aragón. Cruzamos unas callejas sucias, con olor a moscas y a vino agrio. Al respirar aire más sano, me señaló unas casitas cercanas, frágiles, parecían recién construidas. «Mira, ahí está mi casa. Me correspondió en un sorteo que hizo el Sindicato. La renta no está mal.» Le miré sorprendido. Estaba contento, casi feliz.

Las habitaciones eran de escasa altura, reducidas; pero al fin, independientes. La pintura chillona de los muebles de plástico resaltaba, aún más, las desnudas paredes. Su mujer parecía más satisfecha. El niño mayor había cumplido cinco años. Estaba pálido, delgado. Y su carita triste. Llegamos hasta la cocina. Los gemelos, sentados en el suelo, movían sus bracitos, incansables. Andrés los miraba perplejo, alelado, como intentando descifrar el misterio de la existencia.

Había conseguido su mayor ilusión: la casa. Ya no se acordaban de los años pasados en habitaciones aisladas. Querían invitarme. Andrés buscó una botella. Su mujer puso unos vasos sobre la mesa. Me asomé a la ventana, abierta de par en par. La noche comenzó a extenderse. Se encendió la luz. Del campo cercano llegaba un rumor sordo, intenso, de algo indefinido. Los insectos penetraban con tranquilidad en la habitación, buscando el sol anémico de la bombilla.

El niño comenzó a toser. Una tos seca, insistente. Andrés se acercó a él. Le dio varias palmadas suaves, cariñosas, en la espalda. Su mujer cambió el gesto. Me miró implorante. Andrés dijo algo. Ella se arrimó al fogón. Encendió unas astillas. Recalentó en la sartén un trozo de hígado. Mezcló un poco de leche con unas patatas, que sacó de una cazuela. Apresurada, hizo un puré. Cogió al niño. Le sentó junto a la mesa. Y le llenó de besos, con ese amor único, infinito, que sólo regalan las madres. El niño se calmó. Sus ojos tristes se agrandaron. Me miró curioso. La madre vertió en una cucharilla varias gotas de medicina. Se resistió a tomarlas. Le produjeron náuseas. Comenzó a comer, sin ganas. Ella confiaba. El niño inclinó la cabeza, testarudo. De nada sirvieron las caricias ni las palabras apasionadas de la madre. Decidida, empujó con la cucharilla rebosante, los labios finos, herméticos. Otra vez la tos. La pasta amarillenta salpicó el suelo. Escuché un llanto profundo, auténtico. Andrés se acercó a ella. La besó. Su mano temblorosa acarició la cabeza del niño. Me miró con humildad. Permanecí indeciso, silencioso. Apuré el vaso de vino. Por mi garganta pasó un líquido caliente, repulsivo. Cualquiera hubiese comprendido lo que ocurría. Andrés, con los ojos empapados, se ahogaba. Alelantó unos pasos. Vacío la botella. Necesitaba hablar.

Con aire sano, de montaña, y buena alimentación el niño podría curarse. Se lo había dicho el médico del Seguro. Nada podía hacer Andrés. Quizá, algún día podría hacerlo. Para algo trillaba diariamente las calles de Madrid, tras la ilusión de los anuncios que leía en la Prensa. Y tenía esperanzas.

Yo sabía algo de eso. Y también sabía que a la mayor parte de aquellos anunciantes se los quitarían de encima con esas palabras negativas, anticristianas, que sirven, únicamente, para alargar la agonía de los necesitados: —«Vuelva usted mañana...»

Era la tercera vez que Andrés se acercaba a mi oficina. Y la tercera vez que aumentaron en la Caja, mis recibos de anticipo. Y lo que era peor: la tercera vez que tuve que afrontar la mirada adusta, incomprendible, del jefe.

Andrés se sonrojaba al recibir aquel dinero. Su hijo seguía lo mismo. El comerciante de los muebles le asediaba con las letras. Y la vida le volvía la espalda. Por primera vez, le encontré temeroso. Yo buscaba un resquicio en aquel cielo oscuro, desolado, donde asomar una esperanza. Y me quedaba con ella en los labios.

Hacía frío. Un frío intenso; casi hielo. Impropio de la época. La gente le echaba la culpa a las bombas atómicas. Los técnicos en climas, se la echaban a las corrientes de aire. ¡Vaya usted a saber quién tenía razón! El caso era que en la oficina también hacía frío. Un compañero me avisó. Me llamaban por teléfono. Escuché una voz apagada, borrosa. —«¡Hable más alto, por favor! ¡No se oye nada!» —aseguré—. Aumentó la voz. Era Andrés. Me explicó algo. Su hijo, aquel niño pálido, delgado y de carita triste había ingresado en un preventorio infantil. El cura de su parroquia lo había solucionado. Sentí un bienestar nuevo, extraño. Sí; todavía quedaban seres que se preocupaban del prójimo. —«¡Hay que animarse, Andrés! Ya hablaremos. Tengo que terminar una relación de cuentas corrientes para el jefe. El domingo iré a veros. Adiós.» Y miré al auricular, esperanzado.

Reanudé afanoso mi trabajo. Sin saber por qué me sentía partícipe de aquella solución.

Finalizó la cena. Uno de los compañeros de pensión nos ofreció un cigarrillo. En la calle seguía el frío. La charla se prolongó. Habló Luis. Trabajaba en el despacho de un abogado. Los clientes aumentaban. Había mucha gente que se saltaba las leyes a la torera. Necesitaban una persona. Cuestión de escribir a máquina unas horas. Mi amigo Andrés llenó el primer plano de mi mente. El podría hacerlo al salir de la oficina. Por ejemplo: de siete en adelante. Lo expuse. Se lo diría a su jefe. El corazón me decía que sí. Fue un momento. Llegó la duda. También falla el corazón.

Luis era servicial. Se preocupó. Entre los humildes existe la solidaridad. Me informó al día siguiente. El jefe le había dicho que se presentase Andrés. No había duda. Las cosas se enderezaban. Aquella noche apenas dormí. Veía a mi amigo Andrés trabajando, ilusionado, en la máquina de escribir. Tenía un montón de papeles sobre la mesita supletoria.

Cuando llegué a la oficina, estaba el jefe. Tardó en marcharse. Me acerqué al teléfono. Giré la ruleta. Esperé, impaciente. A mis oídos llegó una voz dulce, femenina. Pregunté por Andrés. Hubo un corto silencio. Después, llegó lo otro. Andrés no estaba. No podía estar. Ni estaría nunca. Había muerto el día anterior. En la misma oficina. Sobre la mesa de trabajo. Una hemoptisis le secó las venas. Estaba en el Hospital Clínico. Tenían que hacerle la autopsia. Busqué aire. Mi cuerpo se encogió. Me apoyé sobre la mesa. El auricular chocó contra el suelo. Salí de la oficina sin decir nada. Nadie me lo hubiera impedido. Caminé aprisa. Los latidos comenzaron a rebotar en mis sienes. Volvía la vida, impetuosa, hirviente. Tenía que verlo. Cuanto antes.

La puerta del Hospital estaba abierta. El médico de guardia me informó. No era allí. Era en el Instituto Anatómico Forense. Muy cerca. En la calle de Santa Isabel, 53. Llegué en seguida. Una placa metálica, oscura, lo indicaba. Subí unas escaleras. Pulsé el timbre con violencia. Un hombre enjuto, reducido, abrió la puerta. Era el conserje. Hablamos. Hacía escasos minutos que habían terminado la autopsia. Por la tarde lo enterraban. Quería verle. Por última vez. Su rostro dudó. Necesitaba una autorización del Juzgado. Insistí. Me miró comprensivo; accedió. El mismo me acompañó.

Los pasillos, vacíos, se alargaban caprichosamente hasta formar un punto negro. Bajamos unas escaleras. La oscuridad me detuvo. Se encendieron, a golpes de luz, unas lámparas de neón... Se respiraba un aire húmedo, con olor a carne congelada. Escuché a mis espaldas unos pasos. El silencio los estiraba. Alguien trabajaba en la galería superior. Sonó, cercano, el chasquido seco, metálico, de un ascensor al arrancar. Penetramos en una sala rectangular, baja de techo. Una tufarada de formol me dio en el rostro.

Desnudo, sobre una mesa de mármol, húmeda, había un hombre. Seco, esquelético, amarillento. Me acerqué sobrecogido. Quería estar seguro. El pecho y el abdomen, desgarrados por el bisturí. La cabeza destrozada a golpes de escoplo. Cosida aprisa, con escasas puntadas. Su barba crecida resaltaba la pequeña cicatriz del mentón. Sí; no había duda, era él. Mis ojos se nublaron. Un líquido ardiente, amargo,

me empapó el rostro. Sentí una fuerte presión en el brazo. Intenté andar; me tambaleé. El conserje, amable, me condujo a un pasillo. Me senté. Al poco rato encontré fuerzas. Frente a mí, en una habitación, se veían unos cestos metálicos numerados, rebosantes de ropa. En uno de ellos estaba la de Andrés. Moví la cabeza, con temor. Al fondo resaltaba la capilla, y delante, la caja abierta que le esperaba. A escasos pasos, hileras blancas, de frigoríficos, también numerados, formando pared, algunos ocupados. En silencio, busqué los ojos de mi acompañante. Salimos. Allí se quedaba mi amigo Andrés. Inmóvil, frío, deshecho. La ley ignoraba su vida. No quiso ignorar su muerte.

El aire de la calle me secó aún más la boca. Caminé sin dirección fija. Como un poseso. Un agente de tráfico se acercó. No sé qué dijo. Me devolvió a la acera. Tenía sed. Busqué un bar. En la barra, la gente gesticulaba. El ron con café reanima. Todo giraba a mi alrededor vertiginosamente. Los ojos me quemaban. Una máquina de música lanzó al aire la letra tonta, absurda y falsa de un cuplé.

FERNANDO SANTOS-RIVERO

Bayona, 10, 8.º izq.  
(Parque de las Avenidas)  
MADRID-2





HISPANOAMERICA A LA VISTA

